

sible, el inglés, porque con ellos se da la vuelta al mundo. El hebreo, el sánscrito y el latín de Lucrecio se quedan para los opositores á cátedras. En cuanto al tarasconés, el serrallongués y la jerga de Navalagamella, son excelentes para chillar en casa del boticario cuando va mal el negocio de la sopa de hierbas, ó á lo sumo, para conquistar en el patio de la posada la flor natural.

Prohibir á nadie que resucite el lenguaje de Berceo ó del Arcipreste... ¡donosa locura! ¡Para lo que ello habrá de durar! Permittedme decir con el buen Pero Grullo que lo que ha muerto no puede vivir. ¿Quieren ustedes que le llamemos otra vez *muestra* al reloj? No hay inconveniente. «¿Tiene usted una muestra?» preguntaremos al relojero. Y él nos dirá en seguida: «Sí, señor; encima de la puerta.» Y acabaremos por pedirle una repetición ó un *remontoir*.

¿Qué nos importa que un viajante no quiera hablar como nosotros? Nos ofrecerá sus artículos; le diremos que no le entendemos y se le pondrán los pelos de punta. Cuando todas las fábricas se encuentren montadas en chino bastará que el Arancel esté en castellano. El mayor castigo del egoísmo es el aislamiento. La mayor torpeza de Hégel fué hablar para sí. «Sólo un hombre me ha entendido—decía al morir; y añadía después de una pausa—: ¡Y ni aun ese me ha entendido!» Con estas palabras quedó muerta y sepultada su lógica.

No hagamos caso de barreras ficticias. El que más y el que menos está interesado en derribarlas. Con todo el respeto que merece el insigne Cavia, nadie va á ir á Londres á decir que quiere jugar al balompié, ni á París á pedir *arròs en fesòls y naps*. Desaparece la libra, que es diferente en cada pueblo, y la destrona triunfante el kilo; pasa la carre-

ta con bueyes tardos y llega el automóvil; pierde la caldera y gana el dinamo. Quien no quiera hablar el lenguaje moderno, muy dueño es de hacerlo. Su dinero le ha de costar.

*
* *

Y los gobernantes... ¿Qué lengua deben hablar los gobernantes? Yo creo honradamente que deben hablar la que se les antoje, y aun tengo para mí que no haría mal un discurso del señor Lacierva en panocho ó del señor Maura en mallorquín. A fe que ahora tampoco nos entendemos. No faltaba sino que después de exigir á algunos diputados ropa limpia y bienes raíces, les pidiéramos, además, que se expresaran en castellano. No, ¡vive Roque! que hablen como quieran ó que no hablen—que también para esto se pintan solos—. ¿Qué más da? ¡Para lo que acostumbramos á oír!

¿Para qué discutir lo que las cosas deben ser? Basta saber lo que ellas son. ¿Para qué legislar lo ilegislable y volver al *sic valo, sic jubeo*? Dejemos á la realidad sus derechos. Ella se encargará—como en la dolora—de hacer que acaben los idiomas viejos en *tururú*, y de unir á unos hombres con otros en la lengua universal futura, en que ya no habrá barbarismos, porque la división en bárbaros é indígenas habrá sido borrada por el supremo instinto de humanidad.

Perrerías

La primera caza debió ser la del hombre, ya que la guerra fué el primer estado social. Adies-

trado que fué el primer can, su presa no debió de ser la liebre ó el venado, sino el esclavo fugitivo. Recompensado en su fatiga, su manjar fué, sin duda, un trozo de médula, como aquel que el «filósofo sin saberlo», del gran Rabelais, gustaba con sus ensangrentadas y temblorosas fauces. ¿Necesito decir algo más para confesar que no siento entusiasmo por *Ney*, ese famoso perro policíaco, en el cual se pretende idealizar la caza del hombre, con todo su odioso y repugnante atavismo?

Sin embargo, la habilidad lamentable de *Ney* parece entusiasmar á no pocos espíritus cultos. La literatura en boga, que canta las hazañas de estafadores y aventureros, del elegante Raffles y del astuto Sherlock Holmes, parece disculpar los más desagradables procedimientos: el disfraz, el engaño, el abuso de confianza, la violencia. Menos nobles que los personajes aventureros de Fernández y González y Ortega y Frias, que se jugaban la piel cara á cara y socorrián al indigente, los de las novelas inglesas apelan siempre al engaño y á la crueldad; el amor mismo es para ellos un medio de persecución y de avilantez. ¿Había de faltar en esta resurrección de una literatura loyolesca que justifica todos los medios, el perro policía de Conan Doyle, que persigue su presa, desgarrá sus carnes y sus harapos, y la entrega á sus perseguidores cubierta de sangre y de lágrimas?

Jenofonte hablaba de los indiscutibles derechos del perro. Para mí fué hartó más perspicaz Esopo, quien le pintó como un animal egoísta y servil, más pronto al llamamiento del ruido de quijadas que al del martillo sobre el yunque. Sé muy bien que el perro es animal estimado, sobre todo por quienes reniegan de los niños. Pero aunque en esto de las abnegaciones perrunas hay también su le-

yenda cursi, parece prudente desconfiar de las grandes virtudes caninas. El perro será siempre una fiera, más ó menos cobarde, que comete la in-noble baja de lamer la mano que le castiga, que se abalanza sobre el pobre y halaga al poderoso, y que á lo mejor rabia, ocasionando á los seres humanos el más horrendo de los suplicios.

«¿Qué he de hacer—pregunta el lobo hambriento al lucio can del fabulista—para comer y engordar como tú?» «Poca cosa—contesta el siervo—; dar caza á los mendigos.» Y el lobo contesta que aquello le repugna tanto como perder su libertad.

¿Seremos menos compasivos que el lobo? Cazar al débil... Ved un peregrino deporte, sobre todo para quienes se conmueven ante un perro condecorado, y luego, cuando se habla de seres vencidos y dolientes, reniegan de las que ellos llaman sensibilidades. Decía Lammenais que el gusto de la caza era un resto de la antigua barbarie. ¿Qué diremos de la caza del hombre, fugitivo, hambriento, cubierto de sudor y vergüenza, acometido por la jauría, desfalleciente bajo la feroz dentellada? ¿Que los perros policíacos no muerden? Los perros azuzados muerden siempre, y sobre todo, deshonoran á su víctima, convirtiendo en fiera acorralada á un ser que se enorgulleció con el dictado de hechura de Dios.

Un apresamiento por tales medios es por sí mismo una horrible pena. Y la policía no tiene jamás el derecho de aplicar una pena á quien todavía no se sabe si es inocente, ó por qué motivos ha sido culpable. ¿De dónde se saca la vieja teoría de que un esbirro puede matar, ni aun herir, no siendo en legítima defensa? ¿En qué ley divina ni humana se funda—¡después de tantas revoluciones!—la afirmación de que hay derecho para confiar á

los polizontes función tan excelsa como la justicia social? ¿Cómo se puede sostener que es buen procedimiento para perseguir sospechosos la caza por el perro, usada por nosotros en Asia y América, crueldad que, con otras análogas, nos ha valido la pérdida de todo un imperio colonial y la execración de la Europa culta?

¡Oh, cuán difícil es escribir sin herir preocupaciones y afectos! ¡Cómo vais á ponerme de sensiblero todas las delicadas damas que besan á sus perros en los hocicos! ¡Sensiblería!... ¡Sí que hay demasiada! Sensiblería religiosa, política, social; sensiblería abominable, de melodrama, de novelas, de «cine». Sensiblería que lleva los perros al estrado y á las personas al cubil; que adula al fuerte, como el perro, incapaz de aspirar á pleno pulmón el ambiente de la libertad, como el lobo.

La miseria ante la ley

Un hombre trabajador, honrado, inteligente, lucha con la pobreza y es vencido. Bien sé que, en sentir de los rastacueros, es absurda la hipótesis; quien vale triunfa. Pero la realidad nos enseña que se puede valer y sucumbir. La justicia social no es aún tan perfecta que haga á todos los buenos felices. Dios hizo el mundo en siete días, y después descansó; pero para mejorar su obra ó hacerla siquiera tolerable, tienen que seguir trabajando los genios.

¿Cuál es la situación del hombre que no ha capital, ni medios de cultura? Le quedan únicamente sus manos, sus habilidades instintivas y sus arrestos. Pero las manos carecen á veces de ocupación,

las habilidades no se utilizan y los arrestos desfallecen. En tal situación, no cabe sino aceptar la labor infima: el peonaje. Peonaje, en la actualidad, significa algo más que esclavitud—el esclavo comia—; representa abyección, hambre y desnudez para el peón, y lo que es más amargo, para sus hijos.

Al obrero inicualemente explotado, queda una consideración dolorosa, pero lógica, y la lógica es un consuelo, porque es el pensar. La humanidad camina, y para que pueda un día ser justa y perfecta, necesita pasar por la fase del industrialismo. La máquina facilita la producción y suprime casi en absoluto al obrero; quien ahora se enriquece es un hombre; mañana será la colectividad. Entretanto, los fuertes explotan á los débiles; pero esto tendrá fin cuando el Estado, sujeto y organismo de Derecho, restablezca el imperio de la razón y determine las relaciones entre el trabajo y el capital.

Pero ¿y si es un organismo legal quien explota? En tal caso, el absurdo llega á sus límites. Se comprende que la codicia y el brutal egoísmo de un hombre imponga á sus siervos doce horas de trabajo, un jornal irrisorio y una paga mermada á plazo lejano. El no es el llamado á reformar, ni menos á aplicar el Derecho. Que lo hiciera el Estado, sería la mayor de las iniquidades. Precisamente el Estado, total, regional ó municipal, ó no tiene razón de ser ó ella está en la realización del derecho y en la exigencia del bien general. Para eso cobra, y aun á veces arruina á los pueblos. Salir á fin de cuentas con que puede explotar como un ciudadano cualquiera, sería negarse á sí mismo y demostrar claramente su ineffectividad.

Los hombres, se dice, son malos y están solicitados por mil varias pasiones. Libres de todo yugo,

entablarían lucha cruenta, cuyo resultado fatal sería el vencimiento del débil y su explotación sin misericordia. Para evitarlo, el Estado se constituye en sus diversas formas, dicta leyes, establece preceptos, crea tribunales, organiza una policía y determina una coacción. Pero si después de esto realizado, el Estado mismo dijera al obrero: «Has de trabajar para mí de sol á sol, caminando previamente dos leguas; cobrarás por mensualidad y no percibirás en un mes sino aquello que has menester para sustentarte una semana», ¿qué pensaría el miserable entonces, sino que su mal no tenía remedio y que el Derecho era una patraña con que se le pretendía engañar para mantenerle en la servidumbre?

El obrero vuelve reventado á su triste tugurio; allí faltan el pan, el aire y la luz. La mujer, desgñada, escuálida, hambrienta, deja al hijo enfermo de inanición y escrófula que tiene en los brazos é increpa á su infeliz compañero: «¿Quién es —dice— el hijo de hiena que nos explota?» Y el obrero, abatido, contesta. «Es un ahijado de la fortuna; un ser feliz, que todo lo tiene, que todo lo quita, menos las lágrimas.» Y la mujer, indignada, replica: «Algún día nos hará justicia la ley.» Pero si el paria le contestase: «Quien nos explota es el Estado; los que nos obligan á morir de miseria son los hombres á quienes elegimos para que sobre la violencia proclamen la ley», entonces no existiría réplica; sería una protesta muda, feroz, que encerraría una desesperanza inhumana, un abatimiento definitivo, que llenaría el tugurio de sombras.

El Estado, el municipio, cualquier organismo social, puede no procurar trabajo á quien lo ha menester. No es esta su misión verdadera. Pero no puede darle jamás sino en condiciones de estricta

justicia. ¿Cómo ha de exigir lo que exige el propietario de un latifundio ó el contratista de una obra á tanto alzado? El hombre puede ser inicu y avariento; el Estado no. Su función estriba en restablecer y cumplir el Derecho. El Derecho no puede autorizar que se mate de hambre á quien tiene un libro, un pico ó una azada en las manos, ni que se aplique la odiosa ley de la concurrencia libérrima á quien no puede compensarla con ningún esfuerzo ni con ninguna apelación.

Harto más generoso y noble sería decir francamente á los miserables: «Porque confiamos en la eficacia de una ley y una vida colectiva, os hemos exigido, mediante el impuesto, parte de vuestro pan; mediante las quintas, porción de vuestra sangre, y en virtud de la ciega obediencia, caudal no pequeño de vuestra libertad. Después de tantas contribuciones y tantas guerras; luego de realizar penosos ensayos, no podemos remediar vuestra horrible miseria; nada tenemos que ofrecer, ni alimento, ni pan, ni consuelo; pero os brindamos la esperanza. Decid á vuestros consejeros de rebelión, á Marx, á Kaustki, á Loria, á Kropotkine, que seguimos nuestro camino y que un día demostraremos que es al Estado á quien toca resolver el problema social y que no ha sido establecida la sociedad civil en vano.»

Todo, menos emular en explotación á los avarientos y en justicia á los egoistas. Todo, menos perseguir á los desvalidos, que podrán resignarse al hambre, como Job; pero que no podrían resignarse jamás al odio, que Job mismo no pudo encontrar en los hedores del estercolero.

Canje perpetuo

Todas las tardes, cuando el sol calcina la tierra abrasada, y las encaladas paredes tienen resplandores de incendio, y la chicharra dobla fatigados sus élitros tenues, busco en el fondo de mi biblioteca el lugar más obscuro y solitario, me tiendo sobre un mueble, cierro los ojos y comienzo á soñar.

En las sienas siento la opresión dolorosa de una cinta metálica; sobre el pecho experimento la pesadumbre de una invisible y agobiadora mole; en mi retina se atropellan miriadas de puntos luminosos, de chispas fugaces, como aquellas que despedían las sandalias de las vírgenes de Mireya, señoras del fuego y la lumbre estival.

Desvanecidas en la obscuridad las rojizas luciérnagas, hoy he presenciado un maravilloso espectáculo. A las puertas de un edificio de peristilo magno y solemne he visto congregada una alborotada muchedumbre. De su seno partían rugidos y sollozos, quejas é imprecaciones, lamentos y blasfemias. Compactos grupos de hombres armados de colosales y polvorientos infolios se esforzaban en vano por contener su avance impetuoso é irresistible.

He preguntado la causa del desorden á un hombre pálido que lloraba. Antes lloraban pocos hombres; ahora lloramos todos, unos de rabia y otros de cobardía. Al ver sus ojos inteligentes he sentido la desconfianza del viejo Fenelón, cuando decía á sus discípulos: «¡Desconfiad del entendimiento, hijos míos!»

La angustia de la plebe era lógica; había por

qué sentir dolor é iracundia. El lenguaje, don de los dioses, signo de cambio de las ideas, había sido sofisticado; todos rechazaban como sospechosas las palabras más nobles y excelsas. ¿Era acaso su cuño legítimo? ¿No habían sido suplantadas arteramente por la insensatez ó la villanía?

Y la muchedumbre acudía frenética á cambiarlas por otras. Cada cual llevaba un falso tesoro de palabras desacreditadas ó burlescas. Miré las talegas. En unas se leía *honor*; en otras, *virtud*; en éstas, *ideal*, en aquéllas, *fe*, *amor* ó *patria*. Desencajados, trémulos, sus portadores exigían el rápido trueque ó el definitivo contraste, excitados por el furor y animados por la turbulencia.

Y los hombres de los mamotretos recogían la moneda ilegal y entregaban otra que contaban los desamparados con ansia. Para satisfacer la enorme demanda, registraban sus viejos pergaminos, en libros cubiertos de piel tosca y raída. ¡Oh el léxico arcaico! ¡Oh la peregrina inventiva! Los clientes salían satisfechos: no más *ideal*, ni *virtud*, ni *sabiduría*. En cambio, se llevaban buen golpe de infinitivos sustantivados, de arcaísmos donosos y aun de neologismos flamantes. Un viejo trocó *dignidad* por *heautontimorumenos*; un joven, *pasión* por *quereres*; otro, *inspiración* por *faliseo*; alguien, *fortaleza* por *balompié*.

De pronto, sentí una dolorosa punzada sobre los párpados, como si en mis órbitas penetrasen sendos y agudos estiletes. Todo quedó en tinieblas. Luego se fué haciendo la luz; una luz plácida, azulada. Surgieron de las sombras masas verdosas; luego, troncos, ramajes, frescas y susurrantes frondas, apacibles florestas, transparentes remansos, selvas geórgicas y nupciales, en que parecían revolotear los arpegios de la flauta de Pan.

Y un hombre, vestido de pieles de macho cabrío, se acercó á mi llevando en la mano un disco de plata. Extendió la mano y me mostró primero la moneda y después el bosque. Parecía decirme que ambos eran riqueza. Pero á un gesto suyo, el bosque fué talado por manos invisibles y trocado en erial. Miré la moneda, y me pareció menos brillante, menos redondeado su exergo, menos neto su busto, más tosca su inscripción.

Después fué una fábrica la que surgió ante mí como ciudad populosa, y se convirtió á los pocos instantes en ruinas. Más tarde fué un campo de labor el que volvióse endurecido barbecho. Seguidamente, un albo rebaño el que se convirtió en muladar informe. A cada cambio, la moneda me parecía más ilegítima, más despreciable, como si al extinguirse la riqueza se fuera envileciendo y despreciando su signo.

Comprendí. Lo que había que volver á crear, no era el disco de plata, sino el bosque, el rebaño, la fábrica, el terreno de sembradío. El símbolo no es nada; en las manos de un monje, un crucifijo puede ser fraternidad ó persecución. Cien nombres puede tener la Divinidad, y acaso sólo existe en el corazón de quien no invoca ninguno de esos nombres en vano.

He pensado en seguida en los reformadores del léxico, en los cambiantes de sustantivos y participios, en los inventores ó galvanizadores de bizarros vocablos. Volverían con sus nuevas monedas ufanos y contentos. Creerían una vez más que el idioma se crea á voluntad, como si no surgiera de las cosas, de la realidad de la vida. Optimistas ilusos, seguirían dando nombres á cosas impalpables ó absurdas ó de naturaleza extraña. Pero si lo propio de su patria desaparecía, ¿por qué había

de conservarse, perdido el bosque su rumor, arruinada la fábrica su estrépito y desterrado el oro su sonido?

Y me los figuré tristes y cabizbajos, volviendo otra vez á la suntuosa oficina del canje, buscando palabras que por sí solas fueran algo que pudieran sustituir á los muertos conceptos, y que acertaran á dar notas jocundas en los funerales de las ideas.

Muñidores

En ocasión de dirigir Rodrigo Soriano la palabra á sus electores en la plaza de Barco de Avila, hubo de promoverse un tumulto preparado por los caciques y secundado por sus auxiliares incultos. Las nobles palabras del diputado batallador trocaron los murmullos en vítores; su invitación á contender en lid oratoria hizo huir á su contrincante; pero un desdichado muñidor osó preguntar en voz alta por la fortuna del nuevo candidato y Soriano le contestó: «Inútil es esa pregunta, puesto que no he de comprar tu voto, ¡corazón cobarde, alma asalariada!»

¡Alma asalariada! Es el más grave insulto que es posible dirigir á un hombre. Porque se puede vender el cuerpo, como el esclavo ó la meretriz, pero no el espíritu; la dignidad de hombre, la conciencia de la libertad, como lo hace quien emite su voto por precio, sin caer en la degradación más abyecta y en la bajeza más despreciable.

Cuéntase que un noble ateniense propuso una traición á la célebre cortesana Lais, á cuya insinuación contestó la amante de Aristipo: «¡Oh, no, todavía no he caído tan bajo!» Aquella mujer de-

generada, que debía morir de embriaguez, todavía encontraba que podían existir en el mundo bajezas mayores que las de la corrupción y el alcoholismo: las que lleva aparejadas la iniquidad y las de la sumisión por precio de la propia á la ajena conciencia.

La leyenda nos habla de gentes que vendieron gozosas su alma al diablo. La ficción romántica de Goethe tiene sus precedentes en todas las literaturas. Pero obsérvese bien que en este género de ficciones queda siempre el punto de contrición, merced al cual queda el diablo burlado, unas veces por los genios celestes y otras por el eterno femenino. Aun así la venta repugna. Sin embargo, el genio supuesto del mal ofrece siempre algo más que riquezas: discierne juventud, amor, falsa idealidad y seudobelleza. Vender el alma á un hombre es algo más vil. Supone un total encanallamiento, y por eso de esta clase de ventas no se han hecho poemas. Todas las liras enmudecen ante la miseria moral.

Comparemos la psicología del bandolero que roba en cuadrilla con la del elector que vende su voto. Aquél puede ser obligado á una vida aventurera y extralegal, por miseria, por hábito, por ley de herencia ó por rebeldía. Una vez arrojado á la vida nómada, á la odisea montaraz y á la lucha leal y sangrienta con sus perseguidores, aun puede conservar, en embrión y más ó menos desfigurado por la incultura, el sentimiento caballeresco y el instinto de la equidad. Sean de ello relevantes ejemplos José María el Tempranillo ó Diego Corrientes, el llamado bandido generoso. Después de realizadas sus fechorías, que ellos suponen protestas más ó menos legítimas contra la injusticia social, procuran con su magnanimidad atenuarlas ó

con su sangre redimirlas. Son seres realmente ineducados á los cuales una enseñanza educadora hubiera podido trocar á tiempo en ciudadanos y tal vez en sublimes héroes.

Quien vende su voto no está en este caso. Renuncia desde luego á su personalidad racional para convertirse en bestia de arrastre. No expone su vida, porque le garantiza los peligros de su maldad el hecho de haberla realizado traidoramente y en secreto; no puede invocar en su defensa la falta de enseñanza, porque sabe que comete un delito que puede acarrear á la humanidad males sin precedentes; menos puede alegar el atractivo de la belleza ó gallardía del acto que realiza, porque si cabe gallardía en hacer frente en pleno monte á un ejército armado, no puede haber grandeza, sino mezquindad é indecoro, en recibir una moneda á cambio de exponer á los semejantes á los peligros de la guerra, á los embates de la miseria y á los dolores de la esclavitud.

Y sin embargo, hay todavía gentes que venden su voto, su primogenitura de ciudadanos libres. Y ni siquiera tienen la arrogancia de hacer nula la venta como lo hizo Jacob con Esaú; porque no es lícita la compra de las cosas sagradas y es sagrado el derecho de faltar al contrato con quien lo intenta y hacer irrito un pacto en que medió siempre la fuerza ó intervino el dolo, como el de la adquisición del sufragio.

¿Quién podrá dudar, después de esto, que haya alguien más despreciable, más odioso y más vil que el cacique, y que ese alguien es el muñidor? El cacique nos roba la fortuna y la independencia; el muñidor nos despoja de nuestra dignidad. Contra aquél pueden ser, y de hecho lo son, eficaces, la sabiduría, las arrestos, los nobles propósitos de un

Melquíades Alvarez, ó las enseñanzas de un órgano de opinión y de juicio como *El Centro de España*. Contra quien compra nuestra conciencia, no puede tener eficacia sino el sentimiento del propio decoro. El esfuerzo ajeno nos puede hacer libres, ilustrados, ricos, felices: sólo el esfuerzo propio nos puede hacer dignos. Donde los hombres se estiman á sí mismos, los muñidores desaparecen. No pueden comprar votos, porque no hay quien los venda, no les es dado adulterar sufragios, porque se saben emitir; no les es dado falsificar actas, porque todos los ciudadanos hacen que se cumpla la ley, convencidos de que al hacer tal, no piden un derecho, sino que cumplen un sacerdocio.

«La libertad personal del ciudadano—ha escrito Holzendorff—es una hipótesis de la Moral pública.» La caída de los Borbones en Francia, en Nápoles, en España, la de la Monarquía de Julio y de los Ducados italianos y la desaparición del antiguo orden de cosas en Alemania en 1848, deben imputarse menos á la superioridad material y á los recursos de sus adversarios que á la propia decadencia y á la imprevisión y cobardía de sus hombres. «El ideal realizable—dice Posada (*Estudios sobre el régimen parlamentario en España*)—, á vuelta de mil limitaciones, consiste en hacer que las sociedades políticas, dueñas de sus destinos, se rijan, según derecho que surge declarado, en el seno de su conciencia colectiva, manifestándose mediante sus representantes, investidos de poder en virtud de un título que encuentra su razón en la voluntad de la sociedad misma.» Sin tal libertad y sin semejante dominio de los destinos propios, todo intento de regeneración será estéril.

Libertad, dignidad, derecho, ciudadanía... ¡Qué hermosas ideas, qué santas y vivificadoras pala-

bras! Sólo el pronunciarlas hace fracasar todos los esfuerzos del cacique y del muñidor. Hagámoslo, puesto que va en ello, no solamente nuestra honra de hombres, sino acaso el bienestar y la vida de nuestros hijos, que un día, si desoímos la imperiosa voz del deber, pobres, dolientes, tal vez moribundos, habrán de volver á vosotros sus ojos sin luz para decirnos desde lo alto de su injunta crucifixión: «Padre, progenitor, maestro, ¿por qué me has abandonado?»

La mentira filial

La vista de un proceso harto enmarañado presta actualidad á la vieja lamentación: un hijo, por ser engendrado en justas y legítimas nupcias, hereda fortuna, consideración y respeto; pero si procede de lo que llamaron los legisladores de Toro «dañado é punible ayuntamiento», sólo le pueden ser transmitidas por sus genitores la pobreza, la aflicción y el oprobio.

Allá, á mediados de un siglo más generoso que clarividente, el tema parecía agotado. No ya los filósofos, sino los novelistas, hicieron patente la injusticia de penar en los hijos las culpas de los padres. La escuela positiva vino, sin embargo, á complicar tan arduo problema, al estudiar la herencia fisiológica. El hijo del criminal ha heredado forzosamente predisposición y aptitud para el crimen; justo es que herede una sanción social que no recaee sobre la culpa misma, sino sobre el mérito ó el demérito que supone una organización viciosa ó perfecta.

A trueque de escandalizar á los moralistas, es

hora de desmentir la afirmación precipitada que supone engendrados por seres austeros á los nacidos de legítimo matrimonio. Una cosa es la ley y otra no pocas veces la realidad. Aquella presupone en los cónyuges amor, mutuo respeto, desinterés; ésta hace palmario que en la mitad, por lo menos, de los matrimonios, lo que hay es rencor, egoísmo, desconsideración y hostilidad manifiesta.

Nacer de legítimo matrimonio debiera significar ser hijo de un amor desinteresado y purísimo. Por desdicha, suelen ser las menos aquellas uniones en que no entran como motivo primordial la codicia y el cálculo. Precisamente es en las uniones ilegítimas donde el amor suele serlo todo. Por parte del padre no cabe ambición; por parte de la madre hay más sacrificio. Digase cuanto se quiera de las mujeres mercenarias, si pudieran casarse lo harían, porque la verdadera codicia femenina no se satisface con una protección eventual; requiere la del marido, más segura y más garantida por las leyes.

Y esto cuando el amor es remunerado. En general, la mujer se da por abnegación y cariño, y en otro caso, abandona el fruto del vicio ó evita engendrarlo. Si es decisiva la ley de herencia—que no puede serlo porque hay en la vida otros factores—, los propiamente llamados hijos del amor deben ser los más nobles, los más desprovistos de egoísmo. Sus padres no ajustaron su unión, como los antiguos romanos, ni por el as ni por la libra, ni como los modernos latinos, por el sueldo, la pensión, el capital, la dote ó las capitulaciones matrimoniales; se unieron porque se querían de veras. Ved aquí su delito. De cien veces, sesenta y cinco, el matrimonio es una venta; de ciento, las tres cuartas partes el concubinato es un heroísmo.

Preveo el indignado gesto, el ademán condena-

torio de los vanos ó los hipócritas. Pero, entiéndase bien: yo no digo que el concubinato es preferible á la unión legal; afirmo que, actualmente, las más de las veces, y por desgracia, el matrimonio responde á miras egoistas. No son los revolucionarios quienes suponen que casi siempre el matrimonio es un concubinato; lo aseguran sacerdotes, prelados, como Segur y Massillon. ¿Quién podría repetir sin escándalo lo que acerca del adulterio ha escrito con unánime aplauso el padre Coloma? De él, sin embargo—ó mucho me engaño—, son estas frases desoladoras: «¡Qué confusión tremenda ha de haber el día del Juicio para que cada mortal encuentre á su padre y cada duro busque á su dueño!»

«¿Dónde está ese bastardo que se llama rey de Castilla?», preguntaba don Enrique en Montiel. Y don Pedro le contestaba echándole en cara igual bastardía. ¿Qué historiador pudiera decir cuál de los dos se equivocaba sin rasgar las sombras de un tálamo real? Sólo la madre es cierta—dice la ley de acuerdo con los jurisconsultos—. Pero la madre siempre es buena, porque es madre. ¿Por qué su condición diferente ha de hacer al hijo mejor ó peor?

Un mandato imperioso de humanidad exige igualdad para todos los hijos. Todos fueron paridos con dolor; todos fueron criados con lágrimas. Día llegará en que los hombres se avergonzarán de haberlos separado en estirpes y en castas diferentes, olvidando que, para ello, no pudieron tener autoridad ni las abstracciones de Trento ni los empirismos de Darwin.